



**LA
VENGANZA**

M.J. Fernández

LA VENGANZA

M.J. Fernández

"La mejor venganza es no ser como tu enemigo".
Marco Aurelio

[MADRID 1982 - DOS ALMAS, UN DESTINO.](#)

[MADRID 1980 - CONCIERTO LETAL.](#)

[MADRID 1980 - VEREDICTO Y SENTENCIA.](#)

[MADRID 1981 - ASPIRACIONES](#)

[MADRID 1981 - CONSECUENCIAS.](#)

[MADRID 1982 - LOS VIVOS Y LOS MUERTOS.](#)

[MADRID 1984: RECUERDOS AJENOS.](#)

[MADRID 1984 - AMISTADES.](#)

[MADRID 1985 - FANTASMAS DEL PASADO.](#)

[MADRID 1985 - PLANES.](#)

[VIENA 2005 - VEINTE AÑOS DESPUÉS](#)

[MADRID 2005 - PRESENTACIONES.](#)

[MADRID 2005 - PREPARATIVOS.](#)

[MADRID 2005 - LA CENA.](#)

[MADRID 2005 - NUEVOS AMIGOS.](#)

[MADRID 2005 - PREPARANDO LA TRAMPA.](#)

[MADRID 2005 - ENCUENTROS.](#)

[MADRID 2005 - CERRANDO EL CERCO.](#)

[MADRID 2005 - UN MAL CONCIERTO.](#)

[MADRID 2005 - EL CUMPLEAÑOS.](#)

[MADRID 2005 - EMILIO.](#)

[MADRID 2006 - EL ACCIDENTE.](#)

[MADRID 2006 - LA ESTAFA.](#)

[MADRID 2006 - CONTROLANDO DAÑOS.](#)

[MADRID 2006 - NATALIA.](#)

[MADRID 2006 - RAÚL.](#)

[MADRID 2006 - ENCUENTROS.](#)

[MADRID 2006. EL JUICIO.](#)

[MADRID 2006 - EPÍLOGO.](#)

Madrid 1982 - Dos almas, un destino.

Samuel permanecía sentado en una esquina del patio de la cárcel haciendo lo posible por aprovechar hasta el último rayo de sol. La luz natural, sentir el viento, el aire libre, era lo que más extrañaba desde que lo encerraron. Se había organizado un partido de fútbol que algunos presos seguían con atención, mientras los cigarrillos cambiaban discretamente de manos como moneda válida para las apuestas. Samuel no participaba. Él no fumaba, ni apostaba. Ni siquiera jugaba fútbol. En una sola palabra: no encajaba.

Los dos últimos años habían sido un calvario, como se suponía que debía ser en una cárcel. Y como era habitual, él juraba que era inocente. Sumido en sus pensamientos no los vio venir hasta que escuchó el grito de advertencia de Efraín, su compañero de celda. Cuando levantó la mirada en busca de su amigo, vio que se sacudía para soltarse de dos sujetos talla gorila que le sujetaban con fuerza los brazos. Samuel se puso de pie, mientras el corazón comenzaba a latirle con violencia. Entonces los vio, cuatro hombres de la banda del Víbora que se le acercaban con paso decidido. Samuel se preparó para pelear, aunque sabía que no tendría oportunidad contra un grupo tan numeroso y salvaje, pero no tenía otra opción.

Lo rodearon y cada uno sacó su cuchillo de fabricación propia. Entonces Samuel comprendió que no recibiría una paliza como "lección". Aquello era mucho más grave: era un asesinato. Venían a matarlo y nadie lo impediría. Miró hacia los guardias, que mantenían la vista fija en cualquier otra dirección, por lo que comprendió que habían sido sobornados. Los gritos de Efraín alertaron a los demás presos interrumpiendo el partido de fútbol, pero ninguno

de ellos movería un dedo para defenderlo. No contra el Víbora.

Ya tenía encima a los cuatro hombres, así que retrocedió un par de pasos, pero la reja le impidió alejarse, lo tenían rodeado. El Víbora sonrió con malicia y lanzó el primer golpe de puñal. Samuel levantó el brazo recibiendo un profundo corte. Los tres hombres restantes lo atacaron a la vez, por lo que solo pudo sentir un dolor intenso en el abdomen y el tórax antes de perder la conciencia.

Los dos sujetos que sujetaban a Efraín finalmente lo soltaron, y el muchacho corrió para auxiliar a su amigo, mientras gritaba pidiendo auxilio. Samuel estaba tendido en el rincón del patio donde pocos minutos antes tomaba el sol. Tenía el cuerpo cubierto de heridas que sangraban profusamente. Efraín no sabía qué hacer, se sentía impotente. Apenas un mes atrás había muerto el viejo Eladio, un preso que los había aconsejado y protegido a Samuel y a él por ser los reclusos más jóvenes de la prisión. Pero Eladio murió por causas naturales, un infarto, dijeron. Efraín estaba seguro que de haber continuado con vida, nadie se hubiera atrevido a hacerle algo así a Samuel. Todos respetaban a Eladio. Sin embargo ahora...Eladio muerto, Samuel malherido, y aunque Efraín rezaba con todas sus fuerzas, temía que el resto de su condena tendría que purgarla solo en aquel infierno.

Finalmente los guardias dejaron de pretender que no se habían enterado de nada. Una cosa era mirar hacia otro lado cuando un preso atacaba a otro pretendiendo no haber visto la agresión, y otra muy distinta ignorar los gritos de auxilio cuando un hombre se encontraba gravemente herido. Efraín fue apartado de Samuel sin ninguna consideración, entonces pudo ver a media docena de carceleros que mantenían a raya al resto de los presos que miraban curiosos al chico caído. Los cuatro asesinos ya habían sido esposados para ser escoltados hacia las celdas de castigo, donde pasarían una buena temporada, pero todos tenían

que cumplir largas condenas, así que eran pocos los castigos que los impresionaban.

Los guardias ordenaron a los internos regresar a sus celdas, incluyendo a Efraín, que sabía que sería inútil intentar quedarse con su amigo. Avanzó despacio, como si sus pies fueran de plomo. Sintió un pequeño alivio cuando se cruzó con una camilla. Eso significaba que Samuel no estaba muerto, lo que quería decir que aún había esperanza.

Los guardias subieron a Andara a la camilla. Tenía mal aspecto, aquellos salvajes lo habían herido gravemente. Era poco probable que el chico sobreviviera. Bien, aquel muchacho había asesinado a su novia embarazada a sangre fría, así que tal vez se lo tenía merecido. Con todos los presos ya en sus celdas lo llevaron a toda prisa a la enfermería, pero el enfermero al verlo les ordenó llamar a una ambulancia, era poco lo que él podía hacer. Debían llevarlo a un hospital.

Álvaro Del Valle-Vandenberg salió de su casa con el tiempo justo. Aquella tarde se había quedado dormido por culpa de la resaca de la noche anterior. Sus amigos ya estarían preguntándose dónde se había metido. Él y Mauro consiguieron que la prima de éste, Carol, así como su mejor amiga, cuyo nombre no recordaba, les aceptaran una invitación al cine, luego probablemente logran convencerlas de tomar una copa y tal vez ir a bailar. Carol le gustaba mucho, lo que él estaba seguro que era mutuo, así que no quería dar una mala impresión llegando tarde. Subió a su Ferrari negro y encendió el motor. La máquina ronroneó como un gran felino deseando dar rienda suelta a su energía en una carrera.

Salió del chalet en Hoyo de Manzanares, resistiendo la tentación de pisar el acelerador por las estrechas vías rurales hasta que pasó la Universidad Nebrija y llegó a la Autovía del Noroeste en dirección a Madrid, donde encontró la vía libre y pudo dar rienda suelta a su necesidad de adrenalina. Álvaro era un fanático de la velocidad, por lo que

en semejante automóvil no tardó en superar los 200 km/hora.

Se sentía lleno de vida, eufórico, mientras sobrepasaba a los demás coches a máxima velocidad, escuchando Iron Maiden a todo volumen, hasta que uno de los neumáticos traseros estalló, haciéndole perder el control y estrellándolo contra el guardarrail. No sintió el golpe, ni supo que el coche había saltado por encima de la barrera defensiva para caer volcado en la vía contraria, donde un desprevenido conductor se estrelló contra el amasijo de metal en el que se había convertido el flamante Ferrari. Tampoco fue consciente de lo difícil que les resultó a los bomberos sacarlo de los restos del coche para poder subirlo a la ambulancia que lo llevaría al Hospital General de Villalba, el más cercano. Tampoco se enteró que no solo no llegaría a tiempo a su cita, sino que simplemente no llegaría.

Samuel fue llevado directamente a Urgencias del Hospital Carlos III. Ya el muchacho había recibido los primeros auxilios en la enfermería de la cárcel y la ambulancia, pero su estado era crítico. Los asesinos lo apuñalaron repetidas veces con saña, por lo que había perdido mucha sangre. Uno de los guardias acompañaba al preso e informó a los médicos acerca de lo ocurrido, luego salió a la sala de espera dejando a los doctores que llevaran a cabo su labor sin presiones. Al cabo de unos minutos, uno de los médicos salió de Urgencias.

— ¿Cómo está doctor? ¿Se salvará? - preguntó el guardia, preocupado por las consecuencias que les traería la muerte del detenido bajo su custodia a él y a sus compañeros.

— Está muy grave - anunció el galeno - Logramos estabilizarlo y lo subiremos a quirófano, pero sería conveniente que avisara a sus familiares para que estén preparados.

— Entonces ¿no cree que se salve?

— Sería un milagro, pero haremos lo que esté en nuestra mano.

Antes que terminara de pronunciar las últimas palabras, la camilla que transportaba al reo salió de Urgencias en dirección al quirófano. El guardia vio al chico y comprendió que el médico tenía razón al ser pesimista. Para su sorpresa sintió lástima, más por la familia que por el muchacho, creía recordar que su padre era juez, pero eso no cambiaba nada. Mientras él llamaba por teléfono a la cárcel para que dieran aviso a los Andara, los médicos luchaban por la vida de Samuel en la sala de operaciones. Después de una hora reparando órganos y suturando profundas heridas, el chico se descompensó, sufriendo un paro cardíaco. El cirujano se hizo a un lado para dejar trabajar al anestesista, que se esforzó en masajear el corazón del muchacho proporcionándole respiración asistida, inútilmente. Al cabo de varios minutos comprendió que ya no sería posible recuperarlo, miró el reloj y le notificó a la enfermera.

— Causa de la muerte: paro cardiorespiratorio. Hora de la muerte: 7:36 p. m.

En el Hospital General de Villalba otro equipo médico hacía lo posible por salvar la vida de Álvaro, cuya imprudencia lo había llevado a esa crítica situación. Su nivel de alcohol en sangre era normal. El chico ni siquiera había comenzado la noche, iba solo y nadie más había resultado muerto o herido. El conductor del vehículo que colisionó con el Ferrari después que saltó por encima del guardarrail se frotaba nervioso las manos, aunque los guardias civiles que llegaron primero al lugar del accidente le aseguraron repetidamente que no era responsable. El Ferrari había caído literalmente del cielo en la vía contraria. Hubiera sido imposible esquivarlo.

El joven había sufrido un traumatismo craneoencefálico importante, cuyas secuelas los médicos no se atrevían aún a prever, tenía fracturadas varias costillas que habían perforado el pulmón derecho, y la pierna del mismo lado

también contaba con una fractura múltiple en la tibia y el peroné a la altura del tobillo, además de severas contusiones. La Guardia Civil ya había llamado a la familia del muchacho. Su padre, un empresario exitoso, estaba fuera del país, y la persona a cargo en caso de emergencia era su abogado y amigo, Julián Ferrer, que no tardó en presentarse en Urgencias, advirtiendo a los médicos que no debían escatimar recursos para salvarlo.

El equipo se esforzó a fondo, pero su estado era muy grave, y al cabo de una hora de lucha su corazón se detuvo.

— Causa de la muerte: paro cardiorespiratorio - dijo el jefe del equipo. – Hora de la muerte: 7:36 p.m.

Ambos jóvenes, a sus veinte años habían fallecido exactamente a la misma hora en hospitales situados en la misma ciudad. Frustrados, los equipos médicos de ambos heridos comenzaron a retirarse después de certificar la muerte de sus pacientes. Entonces el muchacho se incorporó en la camilla inspirando profunda y dolorosamente, como un ahogado que alcanza la ansiada bocanada de aire. Los doctores, aun bajo el efecto de la sorpresa, se abalanzaron sobre él para continuar su labor.

Madrid 1980 - Concierto letal.

Samuel se arregló nuevamente la corbata frente al espejo en un gesto nervioso.

— Cinco minutos – le anunció el ayudante.

Respiró profundo. No era su primer concierto y él sabía que una vez sentado frente al piano, se olvidaría del auditorio lleno concentrándose en la música. Su padre se encontraba esa noche entre el público. Siendo juez, no siempre podía acudir, pero estaba presente cuando le era posible. También Irma y su madre se contaban entre el público. La madre de Samuel, profesora de piano, era quien lo había iniciado en la música cuando apenas tenía tres años. No se perdía uno solo de sus conciertos. Samuel salió del camerino. Con sólo dieciocho años ya era considerado un pianista prodigioso, y el concierto de esa noche era muy importante para su futuro. Antes de subir al escenario se encontró a los demás músicos que lo acompañarían durante la representación. Lo saludaron con alegría. La mayoría eran profesionales que admiraban su talento. Todos, excepto Francisco Nadal, que apenas lo soportaba, por lo que pretendió no haberlo visto. Nadal, el segundo violín, era dos años mayor que Samuel, pero nunca había destacado en su ejecución. Siempre sería considerado un músico del montón, así que resentía el reconocido virtuosismo del joven pianista. Por eso lo envidiaba. Ocuparon sus puestos, dejándolo sólo, tiempo que él aprovechó para practicar ejercicios de relajación que le permitieran calmarse

Finalmente fue anunciado, y recibido con un aplauso cuando salió al escenario en dirección al piano, saludó al público con una inclinación, se sentó frente al instrumento y comenzó el concierto.

Como siempre le ocurría en esos casos, se sintió transportado, olvidando al público, el escenario y todo lo que le rodeaba, concentrándose sólo en el alma de la música. Tocó una pieza tras otra con sentimiento y maestría. Cuando terminó lo aplaudieron, ovacionándolo de pie. Su padre, su madre, e Irma, no cabían dentro de sí por el orgullo. Irma decía a todos los que tenía a su alrededor que ese era su hermano. También entre el público, pero en otra fila estaba Ana, que lo aplaudía sonriendo. Samuel tuvo que regresar dos veces a saludar, porque los aplausos no terminaban. Cuando por fin pudo abandonar el escenario, su maestro de piano, Edgardo, lo esperaba con una sonrisa.

— Estuviste grandioso, Samuel – le dijo estrechándole la mano – Hoy te superaste.

— ¿Lo crees? En la fuga de la última sonata de Beethoven me sentí inseguro.

— Pero ¿qué dices? Si esa fue la mejor pieza de la noche. – lo miró sonriendo – Te tengo una sorpresa, pero no quería decirte nada hasta terminar el concierto para no alterar tu concentración.

Nadal, que regresaba de su puesto, se mantuvo oculto mientras escuchaba.

— ¿De qué se trata? – preguntó Samuel.

— ¿Recuerdas lo que hablamos sobre Juilliards?

— ¿Te refieres a la beca?

— La misma. Hace tres días, su representante me llamó, te quieren como estudiante. Escucharon la grabación que les envié de tu último concierto y quedaron impresionados. Dijeron que eras el mayor talento joven de tu generación, así que ni siquiera tendrás que pasar por una audición.

— Tendría que irme de España – dijo Samuel un poco desconcertado por la noticia.

— Es una gran oportunidad, Samuel – le dijo Edgardo – Habla con tus padres, seguramente te aconsejarán

bien.

Samuel asintió, no quería tomar una decisión apresurada, lo pensaría bien. Se despidió de Edgardo, regresó al camerino, se cambió de ropa y se reunió con su familia. Su padre se sentía orgulloso, su madre lo recibió con un abrazo, mientras Irma, su hermanita, se agarró a su brazo en gesto posesivo. Ana se acercó a ellos, y la expresión de Samuel al verla recordó a los adultos que seguía siendo un chico. Samuel y Ana se habían conocido hacía poco tiempo y llevaban apenas un mes saliendo. Samuel saludó a la joven un poco cohibido por la presencia de su familia. Raúl comprendió enseguida su predicamento.

— ¿Por qué no vais tú y Ana a dar un paseo? – le dijo su padre. Samuel lo miró agradecido, la muchacha lo traía loco.

— ¿No os importa? – preguntó Samuel.

— Claro que no, hijo, esta es tu noche.- corroboró su madre, sonriendo.

Samuel se despidió y se fue acompañado por Ana. Salieron de la sala de conciertos tomados de la mano, encaminándose a la plaza, mientras conversaban en voz baja, disfrutando de la cálida noche de verano. No se percataron que alguien los seguía de cerca. Miguel, con quien Ana había sostenido una traumática relación hasta que conoció a Samuel, la vigilaba constantemente.

Miguel Valladares era un chico de familia acaudalada, acostumbrado a tener todo lo que quería. Solía hacerse acompañar por un grupo de jóvenes que lo adulaban. Esa noche, sin embargo, iba sólo. Sabía que Ana estaba con otro, y aunque ella rompió la relación un par de meses atrás, él seguía considerándola su chica. Cuando la vio con su nuevo novio sintió una rabia incontenible, pero no estaba con su grupo, no iba a enfrentarse a Samuel sin tener todas las ventajas.

Samuel y Ana se sentaron en la terraza de un café, él pidió un vaso de vino, ella una gaseosa y siguieron con-

versando.

— Estuviste genial esta noche – dijo ella con orgullo.

— No fue para tanto – respondió él azorado – En realidad, no es tan difícil.

— Yo no podría tocar ni una tonada infantil. ¡Claro que es difícil! Además, no soy la única que piensa así. Todos dicen que eres un genio, un virtuoso.

— No me considero un genio – argumentó Samuel, mientras sentía que se ruborizaba.

— ¿Estás bien? ¿Pareces preocupado? El concierto no pudo ir mejor. ¿Ocurre algo malo?

— No, al contrario – se apresuró él a decir – Ocurre algo, pero en realidad es muy bueno.

— ¿Ah sí? ¡Cuéntamelo!

— Nadie más lo sabe – le advirtió él en tono confidencial – Sólo Edgardo. Aún no lo he hablado ni siquiera con mis padres.

— Estás despertando mi curiosidad – dijo ella, removiéndose en el asiento, ansiosa como una niña - ¿De qué se trata?

— Me han ofrecido una beca, en Juilliards.

— ¿Juilliards? ¿Qué es eso?

— Es una escuela de música muy prestigiosa – explicó él, con paciencia – Es una gran oportunidad para cualquier músico.

— Es grandioso ¿Y qué pasará con Edgardo?

— En realidad, fue Edgardo quien les escribió para enviarles algunas grabaciones. Fue idea suya.

— Nunca había oído hablar de esa escuela – dijo ella pensativa - ¿Dónde está?

— En Boston. – respondió Samuel – Si acepto, tendré que irme a comienzos de otoño.

— ¿En Boston? ¿En Estados Unidos? – preguntó Ana, palideciendo – ¡Pero no puedes! ¡No te vería más! ¡No puedes irte tan lejos! ¿Qué pasará con nosotros?

— Te escribiría – dijo él, tratando de calmarla, y comprendiendo que ella no quería alejarse de él. – Y podríamos vernos en las vacaciones. Tal vez tu padre acepte que me visites, y...

— Te echaría mucho de menos – lo interrumpió ella – Además, estarías sólo. ¡No puedes irte, Samuel! ¡Prométeme que no te marcharás! – Samuel se sorprendió al ver que los ojos de Ana se le humedecían y se sintió un canalla.

— Es una oportunidad única, Ana – le dijo con suavidad – Pero te prometo que lo pensaré bien. No tomaré una decisión apresurada. ¿De acuerdo?

Ella asintió, comprendiendo que no debía presionarlo más en ese momento. Si Samuel se marchaba a América, todos sus planes se vendrían abajo a menos que actuara deprisa. Tenía que impedir ese viaje y sabía muy bien cómo hacerlo. Sonrió secándose las lágrimas. Se levantaron para marcharse. Samuel la acompañó a su casa, y se despidieron en la puerta. Cuando Samuel se alejó, mientras ella lo observaba desde el jardín, Miguel saltó la cerca para abordarla. Ana se asustó.

— No esperabas verme, ¿verdad? – le espetó él.

— Miguel, ¿qué estás haciendo aquí?

— ¿Qué coño haces saliendo con ese imbécil de Samuel Andara? ¿Cómo te atreves a engañarme?

— ¿Engañarte? Terminé contigo la última vez que hablamos. ¿O es que no recuerdas esa discusión?

— Nadie me deja, pequeña zorra – le dijo Miguel entre dientes mientras le sujetaba con fuerza el brazo.- Soy yo el que decide cuándo se acaba.

— ¿Entonces vas a hacerte cargo del problema?

— Claro, ya te lo he dicho, te llevaré a un sitio donde...

— Ni siquiera lo pienses - le interrumpió Ana – No voy a abortar.

— Tú harás lo que yo te diga.

— ¡No eres mi dueño, Miguel! – dijo ella retirándole la mano que le aprisionaba y arañándolo para lograrlo – ¡No puedes decirme qué hacer!

— ¿Qué piensas, embaucar a ese estúpido para que se haga cargo de ti y de tu bastardo?- le espetó, furioso, mientras contemplaba los rasguños en la piel de su mano - En cuanto se lo digas saldrá corriendo.

— No, no lo hará, - dijo Ana encarándose a él – Se hará responsable de nosotros porque es más hombre que tú.

— Más imbécil querrás decir – respondió Miguel, ofendido.

— Nunca lo entenderás, Miguel, porque en el fondo, sólo eres un hijo de puta.

Ana le dio la espalda y comenzó a andar en dirección a su casa, mientras Miguel sentía que le hervía la sangre por el insulto. ¡Nadie, nadie podía hablarle así a Miguel Valladares! Ana se alejó de él cruzando el jardín, en el suelo había una azada que alguien había dejado apoyada contra un árbol. Miguel la cogió con la furia nublándole los sentidos, avanzó dos pasos en dirección a Ana y le asestó un golpe en la cabeza. La chica cayó al suelo, la sangre comenzó a salir a borbotones de la profunda herida, por la que asomaban trozos de hueso y materia gris. Miguel comprendió lo que había hecho, sacó un pañuelo para limpiar las huellas del mango de la herramienta, luego la tiró junto al cadáver y corrió hacia su casa. Tenía que buscar a su padre, él sabría qué hacer.

El padre de Ana escuchó los gritos de los chicos desde el interior de la casa, aunque no pudo entender lo que decían. Al reconocer la voz de su hija decidió salir, pero cuando llegó al jardín ya todo estaba en silencio, parecía que no había nadie. En medio de la penumbra vio un bulto, se acercó encontrando a Ana tendida en el suelo, la cabeza abierta, la azada ensangrentada a su lado. Desesperado,